

LIBROS

La fragilidad de Dios



El secreto de la fragilidad
Brunetto Salvarini, Moni Ovadia, Lidia Maggi, Piero Coda
Ciudad Nueva, 2020
58 páginas, 7 €



MANUEL M.^a
BRU

Son apenas 56 páginas, pero yo declararí­a este pequeño librito de bolsillo como el libro de cabecera para vivir con el sosiego de la fe en estos tiempos difíciles de pandemia, en los que las manifestaciones de nuestra debilidad nos llevan a dudar de la imagen demasiado estereotipada de un Dios solo todopoderoso y omnipotente, que parecería insensible e inmóvil ante nuestra desgracia. Cuatro pensadores de lo más variopinto (dos teólogos católicos, una teóloga protestante y un escritor judío) comparten con nosotros sus atrevidas miradas al Dios en el que creemos, que hacen tambalear nuestras percepciones demasiado simplificadas sobre la fe que profesamos.

Profesor de la Facultad de Teología de Emilia Romagna, Brunetto Salvarini, iluminando la experiencia de la fragilidad humana desde el Antiguo Testamento, nos lleva entre otras a esta reflexión sobre la capacidad de cambiar que la misma fe nos proporciona: «En el exilio, Israel estaba llamado a reinventar desde el inicio sus estilos de vida, sus códigos de conducta, su mismo lenguaje. Con valor, sin miedo, aceptando el riesgo de la zozobra: aun cuando lo nuevo, como sabemos, infunde temor y descoloca a las personas [...]. Así, el otro, el enemigo, el babilónico, el extranjero, el diferente, es el mejor de los maestros posibles en cada escenario; es quien nos permite comprender quiénes somos realmente; sometidos a la prueba, es capaz de moldearnos hasta forjar en nosotros hombres nuevos [...], capaces de atreverse a afrontar aquello que nos sobrepasa, de vivir la diferencia como una bendición y no como una maldición, como esperanza y no como desesperación, como kairós y no como desgracia».

Experto en el patrimonio cultural de los judíos, el búlgaro de ascendencia sefardita Moni Ovadia nos adentra en la capacidad de fortalecer la fe cuando la vida lleva a la duda, atreviéndose a decir que «si Dios es omnipotente, evidentemente ha elegido renunciar a su propia omnipotencia para hacer sitio al otro, así como su libertad y su

dignidad y su capacidad de orientar la creación, que es un proyecto abierto. Y como toda creación, la criatura predilecta, el ser humano, *a fortiori* fue creado dotado de libertad, con la dignidad de interlocutor, capaz de transformar, libre de elegir entre el bien y el mal y, por tanto, responsable ante sus semejantes, ante sí mismo y ante toda la creación. Esto sería impensable sin una divinidad que acepte en sí misma hasta el extremo de la no existencia la fragilidad del ocultamiento. Inexistencia, pero no indiferencia».

La biblista baptista Lidia Maggi, introduciéndonos en el diálogo del libro de Job entre Creador y creatura, nos dice con firmeza que «Dios es frágil. No puede con nuestra adhesión incondicional. Está continuamente sometido a una verificación de sus acciones, depende de la valoración que hagamos de las ventajas de relacionarnos con Él. Y cuando las cuentas no cuadran, porque Dios nos decepciona y lo consideramos en deuda con nosotros, no le renovamos el contrato [...]. Su imagen en nosotros puede estallar en mil fragmentos cuando, sometidos a las sacudidas del ojo del huracán, atravesamos las tempestades de la vida [...]. Quien ama conoce abismos, la inestabilidad, el riesgo de la pérdida, así como el éxtasis del cielo. Si amas, dependes del otro [...]. Dios es frágil, porque ama, y el amor es vulnerable».

Por último, Piero Coda, profesor de Ontología Trinitaria en la Universidad Sophia y miembro de la Comisión Teológica Internacional, partiendo del misterio kenótico de la encarnación del Hijo de Dios, explica en el último opúsculo de este librito que «una cosa es cierta para la fe cristiana: esta irrefutable fragilidad de Jesús es la claraboya que abre nuestros ojos a la fragilidad de Dios, que no es el Dios de Jesús, si dejamos de contemplarlo impregnado de esta fragilidad. Porque Él es el Dios del vínculo, el Dios que da todo de sí en la relación con el que es diferente a sí. Hasta el punto de ensimismarse en el otro». ●

El mensaje de los Papas a los jóvenes

M. M. L.

«Los jóvenes habéis sido objeto de predilección de los tres últimos Papas». San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco son «tres Pontífices muy diferentes y, sin embargo, con un mismo corazón», apasionado por «transmitir a todos, especialmente» a las nuevas generaciones, la belleza de Cristo. Estas palabras del cardenal Osoro presentan una obra preparada por dos sacerdotes (también jóvenes) de Madrid. Casi 40 años de encuentros están resumidos en diez apartados, en fragmentos breves pensados para la reflexión. La juventud como momento vital, la santidad, la vocación, la Iglesia... son algunos de los temas que surgen y que los Papas han querido acompañar. ●



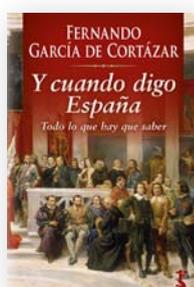
A vosotros, queridos jóvenes
Gonzalo Barbed Martín y Tomás Olábarri Azagra
Palabra, 2020
251 páginas,
16,90 €

España desde el sentimiento y la razón

C. S. A.

Fernando García de Cortázar regresa a las librerías con un apasionante compendio de su sabiduría sobre España. *Y cuando digo España*, nos confiesa, «es un libro inseparable de *Viaje al corazón de España*. Ambas obras son la culminación del empeño que inicié con la *Breve historia de España*, llevar al presente la realidad histórica de nuestro país con un estilo ameno; contar nuestro pasado con la fuerza del sentimiento y la razón, superando el discurso de la decadencia y el pesimismo».

En palabras de su editor, Ricardo Artola, «es la obra que cualquier español tiene que leer, y la guía cultural que el extranjero interesado en nuestro país debe consultar». ●



Y cuando digo España
Fernando García de Cortázar
Arzalia, 2020
624 páginas,
34,95 €

DE LO HUMANO Y LO DIVINO

Mauriac y Jesucristo

JOSÉ MARÍA BALLESTER ESQUIVIAS

Hace medio siglo, el 3 de septiembre de 1970, entregaba su alma a Dios François Mauriac, uno de los referentes de la literatura contemporánea de inspiración católica: la intensa espiritualidad –aunque su detección puede resultar dificultosa– que rezuman novelas como *El beso al leproso*, *Thérèse Desqueroix* o *Nudo de víboras* así lo demuestran. Las claves de la fe –y de la obra– de quien fue Premio Nobel de Literatura vienen magníficamente aclaradas en *Le Christ de Mauriac*, escrito por el benedictino André Gozier (1930-2018), uno de sus últimos confidentes. De entrada, destaca la preferencia de Mauriac por el Cristo del Evangelio de Lucas, es decir, «un Cristo Dios, cercano a los pecadores; es el Evangelio de la ternura de Dios, de la misericordia, de la parábola del hijo pródigo, es el Cristo de la Eucaristía y del relato de Emaús». Y precisa: «Su Cristo es el de las *Confesiones* de Agustín, de Margarita de Cortona, de Carlos de Foucauld, en suma, de los pecadores que han experimentado de forma aguda el perdón de Dios». Un perdón del que Mauriac tiene certeza pues, como escribe en *El Hijo del hombre*, «nunca creeremos que ya no puede haber perdón para nosotros. Esta carne, de la que a veces sentimos vergüenza, y que no para de humillarnos, es la que, sin embargo, nos convierte en hermanos del Señor».

Un factor crucial para entender una obra en la que el mal está presente a través de personajes como Louis en el *Nudo de víboras*: avaro resentido que desea vengarse de su familia desheredándola, hasta que poco a poco su odio se difumina y, al borde de la muerte, la gracia de Dios irradia a este viejo anticlerical. O la constante humillación, en *El beso al leproso*, de Jean, consecuencia de la repulsión física que genera en su mujer, Noémie, que contrajo matrimonio presionada por sus padres y también por su párroco; hasta que esta se da cuenta, a través de la tuberculosis de su marido, del profundo amor que este sentía por ella, plasmado en el sacrificio permanente para no incomodarla. Ya en la viudez, la fe redescubierta de Noémie la convierte en símbolo de piedad. Mauriac invita al lector a un viaje hacia lo trágico para luego indicarle que hay una luz al final del túnel que se llama Dios. No es una luz automática, hay que hacer el esfuerzo de buscarla. El esfuerzo se llama amor de Dios y también del prójimo. ●